

A propósito del XII Foro de la Red Internacional de Economía Humana

"Construir futuro en tiempos de crisis civilizatoria"

El futuro, por definición no existe. Cuando llega es presente. Ese "presente próximo" ¿cuán determinado está por el presente actual? La elección del título del XII Foro de la Red Internacional de Economía Humana "Construir futuro en tiempos de crisis civilizatoria" abrió las puertas a múltiples vías de reflexión y debate, como se pudo apreciar durante el encuentro. El punto de partida de la reflexión está bien fundamentado y lo vivimos todos cotidianamente. Se desarrollan múltiples crisis, algunas directamente vinculadas a la actividad humana, y otras, productos de circunstancias complejas objeto de debate. El dilema se evidencia cuando hay que elegir qué camino tomar frente a tantos desafíos simultáneos que afectan desde la gobernanza global hasta el uso del lenguaje. Todos coincidimos en que en alguna parte nos toca actuar en la construcción de alternativas. Como bien dijo uno de los participantes "pusimos los titulares".

Tenemos un papel a jugar hoy, para influir en la forma que se vivirá mañana. Nadie afirmó en el Foro que ya está todo escrito, y no hay nada que hacer más que entregarse al destino. Parecía percibirse, en cambio, la unanimidad en cuanto a una actitud inclinada a responder a una pregunta urgente: ¿qué podemos hacer? Que estamos en tiempos "de una crisis civilizatoria" fue en mi opinión rápidamente aclarado. No es la única crisis que estamos viviendo, desde el cambio climático hasta el reordenamiento caótico de las relaciones internacionales son parte de otras crisis. Sin embargo, también parecía haber un acuerdo en constatar el desplome de certezas y valores que han sido los sostenes de la acción política, social y hasta espiritual desde el fin de la II Guerra Mundial, y en algunos aspectos desde mucho antes. Decir crisis civilizatoria en este caso, equivale a decir "fin de una época". Es invitar a discriminar qué es parte de un cambio ineluctable, que podemos estudiar, pero no podemos parar, y qué está en nuestras decisiones y nuestras manos y donde podemos actuar.

Por mi parte elegí encarar el tema a partir de dos ideas:

1- Estamos en un momento crucial de la historia universal donde la supervivencia o las condiciones de vida decentes de 8.000 millones de seres humanos se vuelven más vulnerables debido a fenómenos de impacto global. Con alrededor de 200 Estados soberanos sobre el planeta y estructuras económicas y políticas en cuestionamiento, con luchas de poder entre ambiciones hegemónicas de poderes emergentes y declinantes, asistimos a un debilitamiento grave de la gobernanza internacional. Cuando más necesitamos de multilateralismo, más lo vemos languidecer y perder influencia. Nadie puede negar los extraordinarios avances que vieron la luz en estos

últimos 80 años gracias a la ONU y las agencias, fondos y programas del sistema, con la descolonización, la alfabetización, la lucha contra enfermedades, las miles de acciones de interposición en zonas de conflictos, los millones de actos de solidaridad internacional, de estudios y asesorías, de creación de normas adecuadas para las mayorías. Pero esa institucionalidad creada para beneficio de los pueblos del planeta y para erradicar las guerras, no está en condiciones de responder a los desafíos de esta nueva época. Su estructura no responde a la realidad de fuerzas, intereses y ambiciones que dan forma a las relaciones internacionales. En realidad, instalando un statu quo entre fuerzas aliadas de la II guerra mundial y concediéndole el derecho al veto (EEUU, Rusia, Francia, Reino Unido, China) ha llegado a una situación de parálisis que ignora buena parte de las fuerzas, intereses y ambiciones del resto el mundo.

2- Nos posicionamos frente a la realidad del mundo de acuerdo a nuestra cultura, educación, valores. El déficit de una explicación convincente de cómo responder a los desafíos presentes está en el corazón del problema. Los relatos (ideologías) contemporáneos acerca de nuestro destino como especie no responden al agotamiento de los sistemas políticos y económicos dominantes. Carlos Luján mencionó a Gramsci que afirmaba que "cuando un sistema muere y otro está por aparecer se pasa por un periodo en que pueden aparecer los monstruos" (en traducción libre...). Esto lo estamos viviendo.

Necesitamos construir una explicación útil para la acción, capaz de liberar nuestra imaginación y nuestras energías, de entusiasmar y dar un sentido a la vida.

Es posible. Pero tenemos obstáculos para superar.

En mi opinión el primer obstáculo del cual necesitamos hacer conciencia es el tribalismo.

La identidad tribal es un avance crucial en la evolución de la humanidad. Precedentemente, la identidad de la horda nos posicionaba frente a miembros de otras hordas como presas de caza, eventualmente como alimentos o esclavos. Difícilmente la empatía podía prevalecer, el desconocimiento de la condición de pertenecer a la misma especie era total, salvo quizá instintivamente en el orden sexual. La coherencia de un grupo era difícil de conservar, con liderazgos inestables si superaba una cierta cantidad de miembros. Conocerse y reconocerse es lo propio de la horda. Algunos paleoantropólogos calculan que grupos que sobrepasan las 3 docenas de miembros difícilmente son estables. La evolución hacia las tribus pasa por la creación de normas de convivencia y de organización social y la aparición de un liderazgo aceptado por el grupo, eventualmente de un territorio. La identidad de un miembro de la tribu no necesariamente pasa por conocer otros miembros. Basta con reconocer ciertos símbolos y normas que son su identidad. Eso permite vivir y actuar en grupos mayores que la horda y reconocerse. Esto también permite aceptar un líder sin tener una relación directa, inmediata. Al contrario, la distancia del líder y cierto misterio

contribuyen a su poder sobre el grupo. Tan eficaz es que todavía es una forma de organización social que no ha perdido vigencia. Los partidos políticos, los clubes y organizaciones sociales y las religiones, entre otros, tienen en común esa fuerza identitaria, ese sentimiento de pertenencia. Los Estados intentan ser una superación de la tribu, pero construyen también su identidad con banderas, himnos, ritos.

El tribalismo tiene sus límites. En la medida en que el avance y la complejidad de las crisis se impone a nivel global, las dificultades para conocer y reconocer al otro conducen a que los conflictos a menudo se resuelvan con el enfrentamiento. Los unos contra "los otros". En la historia de las civilizaciones hay intentos de superar el tribalismo y abarcar el reconocimiento del otro venga de donde venga. El cristianismo, por ejemplo, se inscribe en una lucha tribal y desde su primer momento para pertenecer hay que repudiar los orígenes y seguir un ceremonial y todas sus obligaciones, aceptando una nueva identidad. Sin embargo, su relato es universal, su proclama es que somos todos hermanos. El mensaje es humanista explícitamente, nos concierne a todos. Hace 21 siglos ya el mensaje estaba claro, la salvación pasa por reconocer que somos uno entre hermanos. Esto tiene precedentes en algunas corrientes espirituales del oriente que van incluso más lejos al afirmar que somos una sola cosa con todo lo que vive.

En resumen: La crisis civilizatoria, base de un feroz combate ideológico, debe concentrarse en alentar la identificación de los seres humanos con su especie. Lo que desafía a un grupo nos desafía a todos. Llámese humanismo o lo que fuera, el destino de nuestra especie está en peligro frente a los ataques tribales, el camino hacia el futuro necesita un relato humanista.

El segundo obstáculo es el pensamiento mágico.

El pensamiento mágico es otro aspecto que ha dado base a los albores de la civilización pero que ha cumplido su época. Aceptando desde ya que el racionalismo y el pensamiento científico no ocupan más que una pequeña fracción de los esfuerzos intelectuales de la humanidad, no podemos dejar en manos de fuerzas sobrenaturales la solución de nuestros problemas.

La religión fue probablemente el motor principal del pasaje de la horda a la tribu. La existencia de un líder que pocos pueden ver, pero a quien se le dedican rituales y ofrendas, capaz de ofrecer esperanza y respuestas a las angustias es un paso enorme hacia la construcción civilizatoria. No hay necesariamente contradicción entre convicciones íntimas, espirituales y personales y el uso racional de los conocimientos científicos para resolver los problemas, ya sea lo más cotidianos como lo más globales como estamos tratando. Las fechas relevantes, las liturgias, los actos solemnes son una fuerza excepcional en la construcción de los vínculos sociales. Sin embargo, no podemos delegar la solución de nuestros problemas a fuerzas que desconocemos, por más confianza que tengamos en sus poderes, conocimientos y presencia.

Creo que el **XII Foro de la Red Internacional de Economía Humana "Construir futuro en tiempos de crisis civilizatoria"** abrió un espacio de riquísimo debate del cual la presente nota no intenta ser más que una humilde contribución.

Leo Harari. Montevideo. octubre 2025